

el sitio que Dios les señala, sin inquietarse por si alguien las mira ó no las mira, sin que las humildes envidien la hermosura de las brillantes, sin que ninguna pida mas sol ni mas rocío que el que se le ha dado!

—“Y si examinamos el mundo, dijo Fabio, ¡cuántos milagros de amor no hace Dios en él! Forma en número suficiente almas incomparables, que son las mensajeras de sus beneficios. Son á manera de depósitos vivos, que derraman por todos partes los tesoros de su bondad. ¿Qué hacen en el mundo esos seres consagrados á Dios? No existen para sí mismos, puesto que continuamente se olvidan de sí mismos; pero no olvidan á los demas; y á cada disgusto que se sienta, á cada necesidad que se experimente, á cada mal que sobrevenga, se les ve acudir, cargadas de ofrendas las manos, rico en caridad el corazon, iluminado el entendimiento con la divina sabiduría. Es Dios quien los envia, nada les detiene, nada les acobarda; no hay obstáculos para ellos. Los perfumes no vuelan tan lejos en alas del viento, ni el ave que vuelve á su nido se detiene menos en los aires, y no conoce mejor su camino. Dios los ha puesto en favor de todo cuanto gime en el Universo; van á cumplir su mision sin detenerse un momento, y por decirlo así, sin tomar aliento. El uno lleva á los entendimientos una luz mas agradable que la del dia y de la libertad; el otro se detiene entre los enfermos, los cuida, los acaricia, los cura, ó infunde la vida eterna en el alma de los moribundos. Se distribuyen los huerfanitos, suplen la dormida vigilancia de las madres, sirven de hijos á la ancianidad des-

valida. Vense otros que se van á los límites del mundo á combatir al demonio y arrancarle las almas en los lugares mismos en que mas asegurado está su imperio; quieren derramar de buen grado toda su sangre por la esperanza de rociar la frente de un salvaje con la gota de agua del bautismo. ¡Santas almas, tesoro de Jesucristo! se entregan por los miserables, sufren por los dichosos; ¡cuántos hay todas las noches que oran en los claustros, ofreciendo su penitencia á fin de que la justicia divina perdone nuestros olvidos!

—“¡Almas dignas de envidia! exclamó el joven. ¡Y pensar que nada hacen en comparacion de lo que el mismo Dios hizo! Pensar que el Rey de estos sublimes embajadores sirve al pobre, perdona al ingrato, se ofrece y se da á todos con una generosidad incomparablemente mayor que la de los mas grandes Santos! El bajó del cielo, se entregó á los tormentos y á la muerte, renueva incesantemente su sacrificio, permanece en pobres tabernáculos, esperándonos como un indigente que implora nuestra caridad. Y ¿qué espera? Que nos acérquemos á El, á beber anticipadamente en las fuentes de la eterna alegría. ¡Ay! ¡cuán poco pensamos en ello! ¡con qué frialdad correspondemos á tanto amor? ¡Oh Fabio, excitémonos á amarle exclusivamente; sirvámosle con todo nuestro corazon y todas nuestras fuerzas; ¡es una dicha tan grande el servirle!

—“Servirle únicamente, dijo Fabio, súbitamente dominado por pensamientos mas fascinadores que todas las desvarios de su amor.

—“Sí, replicó Clara, y recibir de El únicamente la recompensa.

—“Y pedir solo á El la alegría en la tierra, continuó Fabio.

—“¡Ah! dijo suspirando la jóven, ¿esto es amar á Jesus! ¡Cuán feliz vocacion tienen los que así le sirven!

—“Almas hay, prosiguió Fabio, que son llamadas y no responden. ¿Cuál será su suerte?

—“¡Ay! dijo Clara, esta idea hace estremecer.

—“A no existir vos, mi prima, lo he sentido con frecuencia, abrazaria el estado eclesiástico.

—“Yo habria tomado el velo so vos no hubiéseis existido, Fabio.

—“Mi corazon no podia ser mas que de Dios.

—“Yo habria querido darle todo mi corazon y toda mi vida.

—“¡Orar, instruir, salvar almas!... ¿Qué otra gloria y qué otro gozo puede desear un cristiano?

—“Encerrarse en el silencio y en la humildad, trabajar sin descanso al resplandor de la celestial corona que se llevará delante de Dios, no ser conocido aquí en la tierra sino de los Angeles, mortificar su vanidad y vencerla, orar sin interrupcion por aquellos á quienes se ama, tener desde este mundo su sociedad en el cielo, morir puro y dos veces querido de María con la vestidura del Bantismo y de la Comunión... ¡Oh envidiable destino!

—“Así, querida prima, ¿me habeis preferido á todos esos bienes? Habriais hecho una santa religiosa... .

—“El otro dia, Fabio, hablabais de Dios. Vuestra voz era tan insinuante, parecíanme tan fuer-

tes y tan bellos vuestros razonamientos, veia tan radiante de celo vuestro semblante... Decia para mí que habriais hecho un buen sacerdote y que yo quitaba una gran gracia á los desgraciados impíos.

—“¡Oh! Clara, yo nada soy, pero á lo menos habria dicho la misa y habria podido consolar á algunos desgraciados. Cuando os veo, espántome de concentrar en mí solo esos tesoros de dulzura y de caridad que en vos venero. Hermana hospitalaria, ¿habria un enfermo que no se apresurase á bendecir vuestros cuidados y orar con vos? Carmelita, ¿seríais una de esas rosas del retiro que perfuman el mundo! ¡Felices los hijos que recibirian vuestras lecciones en una casa como aquella de que habeis salido tan llena de fé y resplandeciente de candor! ¿qué carácter, por indómito que fuese, os resistiria? ¿qué genio, aun el mas salvaje, no sabriais ablandar? Seria infinito el número de familias que os habrian debido su dicha.”

Guardaron silencio por algunos instantes, hasta que lo rompió Clara con tímida voz.

—“Nuestros padres, dijo, tal vez se equivocaron al destinarnos al matrimonio, antes de saber si Dios nos habia elegido para un estado mas perfecto... .”

Fabio reveló lo que habia pasado dentro de su corazon aquel momento. Fué como un rayo en que vió á Jesus que le presentaba con una mano la corona de espinas y con la otra unas flores empapadas en la sangre de sus llagas. Cerró los ojos, y tuvo miedo. Las palabaas de Clara la

desgarraban el alma; pero una voz interior le gritaba que acabase.

—“Sí, dijo, triunfando de aquella angustia, temo mucho que nuestros padres se hayan adelantado demasiado y que Dios les pida cuenta.

—“Veo bien, continuó Clara, que me habeis preferido al resto del mundo, pero me consideraria desgraciada, si me hubiéseis preferido á Dios.

—“Ciertamente, prima mia, si yo fuese el único obstáculo entre la paz del claustro y vuestro corazón, me encontraria de sobras en la tierra. ¡Dios sabe no obstante si os amo!

—“Un dia se me dijo, Fabio, para causarme pena, que se os habia visto hablando con mucho interés con una de mis amigas, y que querias casaros con ella. No lo creí, y no obstante, esa malignidad me hizo llorar, y apesadumbró mi corazón. Otro dia se me dijo que hablábais de entrar en el estado eclesiástico: lloré tambien, pero resignada os ofrecí á Dios.

—“Yo, prima mia, cuando estuvísteis enferma hace dos años, soñé una noche que habiais muerto. Tomándolo por realidad, pensé morirme, y caí en un abatimiento indecible hasta que me hubie desengañado. Mas tarde, cuando emprendí mi último viaje, os ví á la reja del convento donde os habiais retirado. Nunca me habiais encantado tanto. Acabábais de obtener un puesto de honor. Estábais envuelta con los pliegues de un gran velo blanco, y no puedo explicaros la emoción que me causó aquel resplandor de inocencia y de gracia que en vos brillaba. Una religiosa vino á buscaros, mi madre os abrazó, y

vos partísteis dejándome una graciosa sonrisa... ¿Os acordais de aquel dia?

—“Sí, y quedé encantada de veros tan modesto, tan grave, y, por decirlo así, tan radiante de la paz de Jesucristo.

—“Cuando nos hubísteis dejado, replicó Fabio: ¡Es un ángel, exclamó enajenada mi madre. —Sí, dijo la religiosa, es el honor de nuestra casa. Todos os alabaron, y no perdí ni una palabra. Sin embargo, pensé que aquel retiro en que habíais entrado, podia dar por resultado el separaros para siempre de mí y del mundo. Y bien, pensé, ¡al Señor los ángeles del Señor! Si ella es religiosa, yo seré eclesiástico. Y sabiendo muy bien lo que perderia, regaba no obstante con fervor, pidiendo que Dios os inspirase resoluciones conformes á su gloria y á vuestra salvacion. Anticipadamente me resigné á su voluntad soberana y á la vuestra. En mis desvaríos os he visto cien veces tomar el velo, he oido darme el adios, y no he llorado.

—“¡Ay! ¡es necesario deducir, dijo Clara, que somos hechos para el servicio de Dios!

—“Lo reconoceriamos un poco tarde, observó Fabio.

—“¿Por qué, replicó ella, si no es demasiado tarde!”

Insensiblemente Clara habia dejado el brazo de Fabio, y hacia algunos instantes que andaban al lado uno de otro, hablando con la cabeza baja y sin mirarse. A esta expresion: “No es demasiado tarde,” Fabio levantó los ojos hácia su prima, henchido el corazón de una singular mezcla de fé, de valor, de dicha y de amor. Ella com-

prendió esa mirada. Sus ojos brillaban con un celestial fuego. El joven adivinó todos los sentimientos que agitaban su corazón.

—“¡Qué decís, Clara! exclamó.

—“Digo, respondió Clara, pálida de emoción, que Dios me llama y os llama; que oís su voz, y que no sabiendo si yo también la oigo, no os atreveis á advertírmelo. Por esto yo os lo declaro”

Desde aquel momento cesaron los combates. Dios estaba satisfecho: conociéronlo por la tranquilidad de sus almas.

—“¡Oh santa! exclamó Fabio, no tendré menos fé ni menos valor que vos.

—“Pues bien, replicó Clara con la serenidad de un ángel, despojando su dedo de un anillo que Fabio le había dado; no es necesario esperar más tiempo: rompamos la alianza de la tierra; somos desposados en el cielo.”

Clara lloraba.

—“También lloro en la Comunión, añadió; no os den cuidado mis lágrimas.

—“Guardad el anillo que de mí recibisteis, hermana mía, dijo Fabio. Sea desde ahora el recuerdo de una unión más duradera y más santa. Tocante á mí, no os devuelvo esta flor que me habéis dado en testimonio de las bondades de Dios. Haced de ella una reliquia, que se secará sobre mi corazón, cuyo polvo conservaré; y el día mismo en que recibiré el sacerdocio, no lo sacudiré, tan puro es el amor con que os quiero delante de mi señor, y tan libre y contento le hago el sacrificio.

—“Pronto, dijo Clara, estaré en mi querido convento, donde jamás os he olvidado.

—“Mañana, dijo Fabio, rogaré por vos en mi celda.”

En un retirado rincón del jardín hay un prado, en cuyo extremo existe un pequeño Calvario. Al otro extremo un pedestal de césped, levantado entre dos árboles, sostiene una estatua de la Virgen. Fabio y Clara se encaminaron allí en silencio. Llegados al pié del Calvario, se arrodillaron y oraron algunos instantes. En seguida, levantándose Clara, tomó la mano de su desposado, y enseñándole la imagen de Nuestro Señor,

—“Os entrego, dijo, á Jesús Crucificado. Reservadme alguna pequeña parte del precio de vuestros trabajos, de vuestras fatigas y sufrimientos, y cuando ofrezcáis el santo Sacrificio, pensad en mí.”

Desde allí se dirigieron á la estatua de la Virgen, y después de haber orado, Fabio tomó á su vez la mano de su prima, y dijo:

—“Que la Reina de las vírgenes y de los mártires se digne aceptar la ofrenda pura que aquí le hago. Abraham no había resuelto inmolar al Dios eterno una víctima que le fuese más querida. Os doy sin pesar mi vida, pero no es nada el dar ahora mi vida. Los ángeles, á quienes devuelvo una hermana, me alcancen las sublimes virtudes que el sacerdote necesita!”

Separáronse, no teniendo nada más que decirse en el lenguaje de este mundo.

Jamás volvieron á verse. Fabio abandonó la quinta una hora después de este adiós, no llevándose de todo lo que le había dado Clara, más que la escabiosa cogida por la mañana, flor de lutos

humedecida con las lágrimas del otoño. Al día siguiente estaba, como habia prometido, en el seminario. Algunas semanas despues, los padres de Clara, sumisos á la voluntad divina, llevaron su hija al convento.

Los superiores eclesiásticos, desconfiando un poco de tan súbitas resoluciones, exigieron largas pruebas antes de admitir á nuestros desposados. Mas. debió verse claramente que todo venia de Dios y que la vocacion era por ambas partes irrevocable. Clara pronunció sus votos; Fabio fué sacerdote.

Conozco á Clara, he visto á Fabio, y su historia me ha sido contada por un santo religioso, amigo suyo. Si yo fuese pintor, retrataria el dulce semblante de la religiosa y la noble fisonomía de su desposado, en un lienzo para alguna capilla consagrada á María, *estrella de la mañana*.

**FIN.**

## LA FLOE DE LAS VEGAS.

---